

## Homilía del 10 de febrero de 2013

Hace varios años una de nuestras parroquianas me hizo esta pregunta: «¿Qué dirás cuando tu veas a Dios cara a cara?» Mi respuesta fue, «¡Señor ten piedad!» No mucho tiempo después, nuestro retiro anual para los diáconos y sus esposas fue conducido por nuestro arzobispo jubilado, Arzobispo Kucera. No recuerdo el tema del Retiro, pero durante uno de los recesos Arzobispo Kucera y yo hablábamos sobre la presencia de Dios y sobre nuestro estar conscientes de que estamos en su presencia. Le dije a él acerca de la pregunta de nuestra parroquiana que me había hecho y mi respuesta, «¡Señor ten piedad!» a su pregunta. Arzobispo Kucera dijo, «¡Oh, no! Diga, <Gracias>». Y por supuesto, él estuvo correcto: Aquellos que ven a Dios cara a cara ya han recibido su misericordia».

Sin embargo, en esta vida debemos estar conscientes de nuestra pecaminosidad. Fácilmente vemos la pecaminosidad de los demás. Ellos deben responderle a Dios, no a nosotros. Y nosotros también debemos responderle a Dios. Por eso, es esencial que reconozcamos nuestros propios prejuicios, irrespeto, y tratamiento injusto a los demás. Debemos estar conscientes de que nuestras actitudes que son críticas, irrespetuosas, y prejuiciados son pecaminosas. Debemos estar conscientes de que toda la gente de todas las razas, las religiones, las clases sociales, las etnias—toda la gente en todas partes—son los hijos de Dios. Todos son hechos en la imagen y semejanza de Dios y, simplemente a causa de lo cual que somos seres humanos, merecemos ser tratados con respeto. Sigue, por supuesto, que debemos tratar a los demás con ese mismo respeto. Tenemos que estar conscientes de nuestra pecaminosidad, no para que podamos azotarnos a nosotros mismos con los látigos de remordimiento, sino para que podamos volver a nuestro buen Dios, confesar nuestros pecados, y con la ayuda de Dios comenzar de nuevo ese proceso para toda la vida de responder al amor purificando y limpiando de Dios.

Las tres lecturas de hoy se centran, no en ver a Dios cara a cara, sino en estar consciente de la presencia de Dios de tal manera que nos vemos a nosotros mismos como los pecadores que somos. En la presencia de Dios, Isaías se dio cuenta de su maldad y pecado, que él expresó en las palabras, « . . . soy un hombre de labios impuros». En la visión de Isaías, el mensajero de Dios, el serafín, tomó una brasa, tocó los labios de

## Homilía del 10 de febrero de 2013

Isaías, y le dijo a él, «Tu iniquidad ha sido quitada y tus pecados están perdonados». Inmediatamente el Señor dijo, «¿A quién enviaré?» y Isaías respondió, «Aquí estoy, Señor, envíame». Como San Pablo le escribía a la iglesia en Corinto, recordó, «Les transmití, ante todo, lo que yo mismo recibí»—la fe en Cristo, incluyendo el credo. Él recordó su propia llamada de Dios y escribió, «Porque yo perseguí a la iglesia de Dios y por eso soy el último de los apóstoles e indigno de llamarme apóstol. Sin embargo [San Pablo continuó] por la gracia de Dios, soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí . . .». San Pedro, cansado y desanimado después de trabajar toda la noche y pescar nada, obedeció a Jesús cuando Jesús le dijo, «Lleva la barca mar adentro y echen sus redes para pescar». En los acontecimientos que siguieron, San Pedro reconoció a su Señor y a él mismo ya que él respondió, «¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!» Jesús replicó, «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Todas las tres lecturas muestran que Dios puede usar aquellos que son pecaminosos, malvados, y cansados y desanimados si ellos se reconocen a sí mismos como realmente son y si ellos reconocen la misericordia y el poder de Dios. Sin embargo, hay un anzuelo. Cuando una persona alcanza esta consciencia de sí mismo y de Dios, Dios tiene un trabajo para esa persona de hacer.

Mientras yo meditaba sobre la respuesta de Isaías, San Pablo, y San Pedro y también de mi respuesta hace mucho tiempo a la pregunta de nuestra parroquiana, seguía oyendo las palabras del Arzobispo Kucera, «¡Oh, no! Diga, «Gracias»». Entonces, débilmente escuché otra respuesta, «Los discípulos se alegraron mucho al ver al Señor» (San Juan 20:20). ¿Qué pasó entre el tiempo cuando Pedro dijo, «¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!» y su respuesta alegre y la de los otros discípulos? La respuesta simple es, «Ahora ellos están viendo a Dios cara a cara». Aunque el viaje de los apóstoles en esta vida no estuvo al final cuando ellos se alegraron, ellos vieron antes de ellos **a su Señor y su Dios** en nuestro Señor Jesús resucitado, el uno que es el principio y el final. Que nuestro Señor bueno y misericordioso nos dé el don de verlo a él y a nosotros mismos como realmente somos.